CAPÍTULO XXI.

VIAJE DE LOS FRANCISCANOS AL LUGAR DEL SUPLICIO.

VENIDOS, pues, de Sacay los veinticuatro mártires á Osaca, fueron nuevamente encerrados en la cárcel pública, en la que permanecieron hasta el 9 de Enero, dia destinado para comenzar su doloroso viaje hasta la ciudad de Nagasachi, á donde ciertamente habrian llegado en poco tiempo, con solo que se les hubiese concedido seguir el camino por mar, embarcándose en el mismo puerto de Osaca. Pero Taicosama, que tenia resuelto aterrorizar á todos los súbditos de su imperio con las prolongadas penas de los sentenciados á muerte, para que en lo sucesivo ninguno se atreviera á abrazar la religion de Cristo, mandó antes, que aquella santa comitiva recorriese toda la parte meridional de la grande isla de Nifon, hasta la punta de Ximonoxegui, y que atravesando luego el canal que separa á Nifon de Chiu---Siu, prosiguiesen atravesando casi toda la superficie de esta isla hasta su estremidad meridional, donde se halla Nagasachi; ordenando ademas, que para su pública vergüenza, se les detuviese en todas las ciudades y lugares del tránsito. Para decir verdad, el determinado viaje era muy suficiente para inspirar terror al mas atrevido y acostumbrado á los trabajos de la vida; porque distando Osaca de Nagasachi más de trecientas leguas italianas, debian caminarlas en el invierno mas rígido, entre nieves y hielos, por bosques y montañas, atravesando pueblos desconocidos y bárbaros, gentes feroces y salvajes, siempre en medio de las burlas de los gentiles, las injurias de los bonzos, las burlas de la plebe y los insultos de los esbirros, padeciendo hambre, sed, desnudez y privaciones de toda clase, caminando dia y noche descalzos y sobre viles jumentos. Sin embargo, los veinticuatro héroes de la fé, lejos de entristecerse en lo mas mínimo, daban infinitas gracias al Señor, que en tantas penas como sufrian por

su amor, les daba ocasion de merecer mas cada dia, haciéndoles de este modo mas semejantes á su Unigénito Hijo, que por la redencion del mundo quiso ser ejemplo de sufrimientos y humillaciones á todos los mártires de la nueva alianza. Mas para conocer mejor el júbilo espiritual con que marchaban esos campeones de la religion de Cristo al lugar de su suplicio, nos conviene referir aquí, traducida, la tierna y edificante carta que Tomás, hijo del santo martir Miguel Cosaqui, jovencito poco mas de catorce años, escribió á su madre poco antes de comenzar el viaje de Osaca á Nagasachi; de cuya lectura siempre aparecerá con claridad las admirables trasformaciones que obra la divina gracia en una alma cuando se apodera de ella. Su tenor es como sigue:

" Con la gracia del Señor, os escribo, madre mia, la siguiente carta: En la sentencia pronunciada contra nosotros, se dice que todos debemos ser crucificados en Nagasachi; así es que, comprendidos nuestros padres franciscanos, formamos el bello número de veinticuatro condenados. Pero vos, mi amadísima madre, lejos de tomar esto por motivo de dolor, mas bien debeis regocijaros mucho delante de Dios, porque os haya hecho digna de una gracia, la mayor acaso y de mas consuelo sobre esta tierra. Sí, madre mia, no os afijais si yo y mi padre Miguel vamos á morir por Cristo; porque nosotros no os olvidaremos en el cielo, rogando siempre á Dios que os asista en vuestras grandes necesidades, llenando vuestro corazon de celestiales gracias. Consolaos, que en la hora de vuestra muerte, no llamareis en vano al hijo y al esposo que, mártires gloriosos en la mancion de la Divinidad, oirán muy bien vuestra vos, y y presentándose ante el trono de Jesucristo, le encomendarán vuestra alma, rogándole que en virtud de la sangre que hemos derramado en defensa de su sacrosanta religion, se digne conduciros al paraíso, á ser eternamente feliz en nuestra compañía; pero para conseguirlo mejor, os conviene, mi querida madre, llorar amargamente los pecados de la vida pasada; y cada y en toda momento, bendecid á nuestro benigno Señor por las muchas gracias que os ha concedido en vuestra terrena peregrinacion, y muy especialmente por la mas principal de todas, la de haberos librado de los artificios del demonio y hecho conocer á tiempo y abrazar la santa religion. Sí, por cierto que le debeis agradecer tan grande beneficio, no olvidando jamas las promesas que solemnemen-

te le ofrecisteis en el dia del bautismo. Y si acaso, madre mia, os aconteciese llegar á pobre por su amor y despreciada de los hombres, reputaos dichosa, porque sobre todas las riquezas del mundo estan las del cielo, que ninguno de los mortales puede quitaros. Llevad, pues, tranquilamente cualquiera tribulacion que os venga de sus manos. Mas para conseguir con mayor facilidad el don de la paciencia, es de toda necesidad recordar siempre los pecados de la vida pasada, llorarlos continuamente y pedir de ellos humilde perdon al Señor, porque (segun muchas veces he oído de la boca de nuestros Padres, de S. Francisco) solo por este camino de perfecto dolor consiguió de Dios la remision de sus culpas y la gloria del paraíso; é imitándolo vos, sereis, por cierto, juztificada ante los ojos del Altísimo, aunque no tengais ya á vuestro lado al hijo y al esposo.

"Por último, madre mia, yo os recomiendo mucho, mucho, á mis amados hermanitos Mancio y Felipe. Cuidad siempre de mantenerlos lejos de la compañía de los gentiles, para que no vayan á perder la herencia del cielo. Muchas oraciones tengo hechas por esto, las que renovaré siempre delante de Dios; pero con todo, es preciso que unais á las mias las vuestras así como vuestros esfuerzos por su eterna salvacion. Adios, madre mia, el Señor sea siempre vuestro consuelo en la vida, hasta que juntamente conmigo y Miguel, os conduzca al paraíso.—Vuestro hijo aprisionado por Jesucristo.— *Tomás Cosaqui.*"

Estos sentimientos de fé en Dios y de firme esperanza de los eternos premios, del jóvencito hijo de San Miguel, eran comunes á todos aquellos gloriosos mártires; quienes tan confiados en el Señor comenzaron su doloroso viaje, tocando de nuevo en Sacay, pasando despues á Fiongo, y siguiendo luego para Acaxi, donde detenidos, entre los insultos de los gentiles y las lágrimas de los cristianos, fueron conducidos, segun costumbre, por las calles públicas de la ciudad, no cesando nunca de anunciar á la multitud del pueblo á Jesucristo y á su religion, puntualmente á la vez que un soldado á caballo, delante de todos, llevaba en la mano, escrita la sentencia, gritando en alta voz que Taicosama los mandaba morir por haber predicado la Ley de los cristianos. Y es indecible lo que esto consolaba á esos invictos héroes de la fé, que ofreciendo en todas circunstancias su vida como argumento de su verdad, con asombro de los mismos paganos, se llenaban de regocij o cuando tal cual vez veían algunos de estos que, abriendo los ojos á la luz del Evangelio, se convertian á Cristo.

Detenidos algun tiempo en Acaxi, se movieron los presos para Catambe, ciudad á ochenta leguas de Meaco: y durante este largo viaje fué cuando San Pedro Bautista, recordando á sus amados hijos de Nagasachi, Bartolomé Ruiz, Marcelo de Ribadeneira y Agustin Rodriguez, para alivio de sus muchas penas sufridas por la gloria de Dios, les dirijió la siguiente edificantísima carta.

"Mis amados hermanos: He dado órden á Fr. Gerónimo de Jesus, de mantenerse oculto en Osaca en auxilio de los cristianos, estando cierto que de otra manera dentro de dos dias habria caido en las manos de los soldados. Fr. Juan el Pobre, por lo que entiendo, se encuentra tambien con los españoles, que trabajan en que se apiade de ellos Taicosama; y aun el general D. Matías Landecho espera recobrar, cuando menos, la bandera de la nao de San Felipe, junto con las armas secuestradas, especialmente la artillería. Pero yo creo que nada conseguira, y aun será un milagro si él y sus compañeros salvan la vida. Cuando fuimos trasladados de nuestro convento á la cárcel pública, estaba con nosotros Fr. Felipe, á quien, aunque el último llegado al Japon, tocó la feliz suerte de ser arrestado con los demás. Nosotros actualmente somos conducidos al suplicio rodeados de numerosos soldados, uno de los cuales nos precede llevando en la mano una larga asta en que vé fijada la sentencia de muerte que dice mandarnos crucificar Taicosama en Nagasachi, por haber predicado la religion de los cristianos, proscrita por él años atras. Pero en vez de aflijirnos por esto de modo alguno, mucho nos alegramos y hacemos fiesta de ello, por el inefable gozo de que rebosan nuestras almas. Porque estamos asegurados de que no puede tocar en la tierra suerte mas feliz al hombre redimido con la sangre de Jesucristo, que morir por tan santa y nobilísima causa.

"Por todos, formamos el número de veinticuatro apresados, por la fé, seis de los cuales pertenecen á la bendita Órden de San Francisco y uno á la compañía de Jesus: los demas son japones, catorce de ellos terceros nuestros, y dos familiares de los jesuitas. Todos igualmente son condenados á muerte, por la misma causa que á nosotros se imputaba á deli-

to, esto es, por la predicacion de la fé del Nazareno, por el cual nos gloriamos ya todos de haber derramado nuestra sangre, lo que fué de esta manera. Trasladados del convento á la cárcel pública, de allí á poco fuimos conducidos á la plaza de Meaco, donde á la presencia de gran multitud de pueblo nos fué cortada por los verdugos parte de la oreja izquierda, con mucho dolor nuestro. Despues de esto, recorridas primeramente, como muestra de irrision, todas las calles de la ciudad, fuimos vueltos á la prision, de donde sacados nuevamente y puestos á la vergüenza á caballo, se nos condujo á Osaca, de allí á Sacay, y otra vez devueltos á Osaca, espuestos siempre á las burlas de la plebe, á los insultos de los gentiles y á las villanías de los soldados, pero acompañados por todas partes de las lágrimas de los cristianos, que no poco nos aliviaron tantas penas. A decir verdad, conforme nos acercábamos á cada una de las espresadas ciudades, creiamos que era para darnos muerte, aunque ya habiamos sabido con certeza, que Nagasachi debia ser el lugar de nuestro suplicio: así es que actualmente estamos en camino para esta ciudad.

"Ahora, pues, amadísimos hermanos mios, por las entrañas de Jesucristo, no dejeis un momento de encomendarnos á su Divina Majestad, para que se digne de recibir, en descuento de nuestros muchos pecados, el sacrificio que le vamos á hacer de nuestra vida. Entre tanto, me parece bien que alguno de vostros se mantuviera escondido con Fr. Gerónimo, para su ayuda, y ademas el auxilio de estos miserables cristianos. Pero para ejecutarlo se necesita mucha habilidad, porque segun dicen, ya ha dado órden Taicosama al gobernador Terazava, de dar muerte al momento á cualquiera fraile que, venido de Luzon, intentara solamente acercarse á las costas del Japon. Por lo cual es indispensable tomar el traje del país, si verdaderamente teneis ánimo de permanecer en estas tierras; sobre lo que sin embargo será bien que consulteis con fervorosas oraciones la divina voluntad, con cuyo favor solamente se os dará á conocer cuanto os convenga hacer en tan terribles circunstancias, pues ya he sabido que actualmente estais presos en la nave de los portugueses. El hermano del gobernador Terazava, á quien mucho estimo, nos ha prometido, que llegando á Nagasachi, no dejará de auxiliarnos. Dios le pague esta buena voluntad con los premios eternos del cielo. Pero, sea de esto lo que fuere, nosotros nos encomendamos sobre todo, á vuestras oraciones. Sí, hermanos carísimos, rogad á Dios por nosotros que dentro de pocos dias seremos muertos. Grande es nuestra confianza en ellas, estando seguros de que solo en su su virtud, se servirá el Señor tener finalmente piedad de nuestros pecados y nos los perdonará en pro de la sangre que dentro de poco derramarémos por su amor.

Ni en el entre tanto dejaremos de hacernos agradables al cielo, donde tendremos fija la vista cuanto nos dure la vida, ayudándoos en todas las cosas, especialmente en las que se refieren á los intereses de vuestras almas. Adios, pues, hermanos mios, amadísimos. Os recomiendo la paz, pero aun mucho mas el amor á nuestro Señor Jesucristo, única esperanza y consuelo de los atribulados en esta vida. Poned en él solo vuestra confianza, y el que alimenta á los pájaros del aire y viste de púrpura los lirios del campo, tendrá cuidado de vosotros, hechos á su imájen y semejanza. Os ruego por último, que no os aflijais por nuestra muerte, la que, al contrario, debe seros motivo de suma alegría.—De este camino para Nagasachi.—*Fr. Pedro Bautista.*"

Despues de escrita esta tierna carta, que ciertamente sirvió no poco al alivio de los profundos pesares de los tres miserables franciscanos Bartolomé Ruiz, Marcelo de Ribadeneira y Agustin Rodriguez, que gemian en la nave portuguesa, siguieron los mártires su viaje á Catambe, donde llegaron á 19 de Enero, despues de haber sufrido cruelísimos trabajos, y aquí, segun lo acostumbrado en todas partes, fueron conducidos por las calles públicas, burlados siempre de los pérfidos bonzos, pero acompañados tambien del llanto de los cristianos, y aun siendo objeto de estimacion y respeto de los mismos gentiles, algunos de los cuales, rendidos al sublime espectáculo que se les presentaba en los mártires, quienes aunque en la apariencia de reos y casi agotados de fuerzas no dejaban sin embargo de predicar el Santo nombre de Dios, llegaban á convertirse, proclamándose en voz alta cristianos; lo que es indecible lo que en tan grande manera regocijara á aquellos invictos héros de la fé en medio de sus gravísimas penas y trabajos, quienes enteramente seguros de la victoria que por su muerte alcanzarian muy pronto sobre el infierno despues de un dia de detencion en Catambe, prosiguieron su viaje encaminándose á Caminoxequi en la provincia de Miaco. Mas antes de acompañarlos hasta esa ciudad, conviene insertar otras dos cartas, diri-

gidas de la espresada Catambe al viceprovincial de la compañía de Jesus á Nagasachi, una de San Pedro Bautista y otra de San Pablo Miki, cuya lectura dará á conocer no menos cuales eran los votos y los ardientes deseos de nuestros presos. La de San Pablo Miki, es la siguente:

"Es cosa verdaderamente admirable y digna de atribuirse á milagro de Dios, que tanto yo, como los hermanos Diego y Juan, junto con los padres franciscanos, estemos condenados á muerte por amor de nuestro Redentor Jesucristo. Sí, por cierto, amado padre, porque no esperábamos nosotros tan feliz suerte; porque morir bajo la sombra y al lado de tan santos religiosos, es la mayor gracia que Dios Nuestro señor podia concedernos, y por la que le tributamos infinitos agradecimientos. A los veintiseis dias de la luna undécima, llegamos muy á la madrugada á este lugar, llamado Catambe, en el reino de Bisen, de donde dentro de poco pasaremos á Ocayama, y á los siete dias estaremos en Xinomoxequi, para dirijirnos á Mangoya, de donde el hermano de Terazava nos conducirá á Nagasachi para ser crucificados allí, que es cabalmente la última suerte que nos esta reservada. Os ruego, no os aflijais por nosotros, demasiado afortunados por cierto, habiéndonos hecho Dios dignos de padecer contumelias y muerte por su amor. Una sola cosa deseamos ardientemente en este momento; y es poder á lo menos confesarnos un dia antes de morir, con algun religioso, de la Compañía. Sí, amado padre, no es otro el voto de todos nosotros los presos, y el único, que oír misa y á lo menos recibir una sola vez en nuestros pechos á Jesucristo en el Sacramento, antes de ser puestos por su amor en la cruz. Y esta gracia esperamos puntualmente obtener por medio de vuestra paternidad reverenda. Ni os será difícil consolarnos, tan solo con que lo rogueis al hermano de Terazava ó al lugarteniente de esta ciudad, que siendo mis amigos ciertamente os darán este gusto.—De Catambe, á 19 de Enero.—*Pablo Miki.*"

En seguida, San Pedro Bautista, con palabras aun mas tiernas, le escribió del modo que sigue:

"Somos veinticuatro pobrecillos, condenados á muerte por Taicosama, unos por cristianos y otros por haber predicado la religion de Cristo; y todos aunque muy alegres y confiados en Dios, sentimos sin embargo un deseo ardientísimo en el corazon, de podernos reconciliar con él por medio de la confesion, y recibir, antes de consumar el martirio, el

Santísimo Cuerpo de Cristo. Dignaos, pues, amado padre, rogar al juez, á quien está encomendada la ejecucion de la sentencia, que nos conceda esta grande gracia. Tambien deseamos todos nosotros antes de morir, recibir la bendicion del Señor Obispo, y ver y abrazar por última vez á nuestros queridos hermanos. Y tanto á estos como á vosotros, R. P., mucho nos encomendamos.— De Catambe en reino de Bisen, á 19 de Enero de 1597.— El pobrecillo, *Fr. Pedro Bautista.*"

Animados sumamente por tan fervorosos y santos deseos, partieron de Catambe, llegando á Caminoxequi poco distante, tocando primeramente el Xibacu y otros lugares. Detenidos allí poco tiempo, despues de sufridas muchas injurias é insultos, caminaron para Ximonoxequi en la provincia de Naogato, última ciudad de la grande isla de Nifon, á la cual atravesando antes Camí Siasaca y otras tierras, entraron hácia el 25 del mes, en medio igualmente de las aclamaciones del júbilo de los cristianos y sin cesar un punto de predicar á la multitud el nombre de Jesucristo; de lo que se siguieron tambien no pocas conversiones en triunfo de la fé del Nazareno, que con la palma de la victoria en la mano, parecia recorrer al frente de ellos el camino.

Últimamente, pasado el estrecho que separa á Nifon de la isla de Chiu-Sui, tomaron tierra en Kokuta, grande y populosa ciudad en la provincia de Buigen confinante al Oeste con la de Chicugen y al sur con la de Bungo. Y tal vez de este lugar escribió San Martin de Aguirre una tiernísima carta á Don Antonio, Dr. de Morga, segundo del gobernador de Manila y su apreciado amigo, llena de nobles afectos y generosos sentimientos, con la cual concluiremos este capítulo, lo que hacemos para manifestar que en el corazon de los Santos, lejos de disminuirse las inclinaciones amorosas, mas bien adquieren fuerza cuando están purificadas en el fuego de aquella caridad, fuente de vida, que mana del costado del Redendentor. Su tenor es como vamos á ver:

"Adios, señor doctor, adios para siempre de este mundo. Nuestro Señor Jesucristo, no obstante la gravedad de mis pecados, me ha hecho digno de ser condenado á muerte por su amor, juntamente con otros veintitres héroes ilustres de su fé, seis de los cuales somos hijos del gran Patriarca San Francisco de Asís; los demas japones; y aun tenemos firme esperanza en el corazon, de que otros se agregarán en el camino á este

número. Recibid, pues, la última despedida de vuestro tierno amigo, que aunque sentenciado á morir en defensa de aquella sacrosanta fé que forma el primer objeto de vuestro amor, no puede sin embargo borrar de su alma vuestra querida memoria. Sí, por cierto, amadísimo mio, que yo quisiera que actualmente vieseis mi pobre corazon para que conocierais el puro y santo afecto que os profeso. Ni solamente yo, sino todos mis compañeros os recuerdan con amor, os agradecen el mucho bien que nos hicisteis en Manila, os abrazan en espíritu y por mi conducto os dirijen la postrera despedida. ¡Cuanta verdad es, mi amado Antonio, que es fuerte el amor como la muerte! Pero si no me es permitido abrazaros en la tierra, llegará ciertamente un dia en que volveremos á vernos en el cielo. Entre tanto, en este solemne momento ardientemente os ruego á mi nombre y al de todos mis compañeros (que lloran de ternura solo con vuestro recuerdo) que continueis vuestro afecto á los pobres frailes de San Francisco de esta santa provincia, amándolos como verdadero padre y protegiéndolos siempre, con el solo fin de dilatar por su medio cada dia mas el santo reino de Cristo en estas islas tan queridas de nosotros, lo que os agradecerémos en el cielo, donde esperamos vernos dentro de poco, pidiéndoos ahora únicamente que nos encomendeis al Señor, para que valerosamente y como conviene á soldados de la fé, afrontemos la muerte que muy pronto nos aguarda. Tal vez cuando leyereis esta carta, ya no existiré. Adios, os digo por último, tanto á vos como á vuestra señora Doña. Juana.—De este camino de la Horca, á 23 de Enero.—*Fr. Martin de la Ascencion.*"

CAPÍTULO XXII.

DOS NUEVOS MARTIRES.

ANTES de seguir adelante en el viaje de nuestros santos prisioneros, que dejamos en Kokuta, conviene detenernos nuevamente para hablar de dos cristianos que, por disposicion de la Providencia fueron dos por compañeros suyos en aquella larga caminata, y lograron la dicha juntamente de ser mártires de Cristo, de lo que aparecerá muy manifiesto, cuán ocultos y admirables sean los juicios de Dios.

Luego que hubieron partido nuestros veinticuatro santos, de Meaco para Osaca, para seguir de allí el camino hasta Nagasachi, el V. P. Organtino, haciendo llamar á un cristiano por nombre Pedro Suquezi, nativo de la misma ciudad de Meaco, familiar que era de los franciscanos, y adscrito que era tiempo atras á su sagrada Tercera Órden de penitencia, le rogó encarecidamente que los fuese acompañando para servirles de auxilio en las muchas necesidades que sufririan en tan largo y áspero camino; á lo que habiendo consentido con muy buena voluntad Pedro, se dispuso en el acto á partir, con la alegre esperanza tambien de caer en fin en poder de los soldados y conseguir la palma del martirio juntamente con los franciscanos, sus amados padres y maestros. No nos dice mas la historia respecto de su vida anterior, aunque esto es bastante para comprender la santidad y fervor de este afortunado cristiano. Pasemos ahora á hablar brevemente del otro fiel que, como diremos, cayó con el mártir por Jesucristo, cuya vida se enlaza admirablemente con la de Suquezi, como pasamos á verlo.

Vivia por aquel tiempo en Meaco, un tal Francisco, llamado Fahelante, antiguo y valeroso cristiano, de quien tenemos las siguientes noticias: Nacido en dicha ciudad, de una pobre familia, y habiendo abrazado muchos años antes la religion de Cristo, vivia por mucho tiempo en grande estado de perfeccion, piadoso, sóbrio y tan caritativo, que se